

»Y así diciendo, del balcón abajo  
se echó Fortuna de cabeza al río,  
y al ruido que hizo, al recibirla, el Tajo,  
bañó todo mi cuerpo un sudor frío.»—

Era de Castro la amargura tanta,  
que al furor reemplazando la tristeza,  
ronca la voz y seca la garganta,  
cayó sobre su pecho su cabeza.

Y concluyó:—¿No es cierto que debía  
matarme yo también la noche aquella?  
Mas, si faltase yo, ¿quién mataría  
al que dudase de mi honor y el de ella?—

Viendo Honorio que Castro sepultaba  
entre sus manos la abatida frente,  
imitando á su madre murmuraba:  
—Odia el crimen; perdona al delincuente.—

#### ESCENA XL

##### EL PECADO DE LA SOBERBIA

LUGAR DE LA ESCENA: *Una estrella nebulosa*

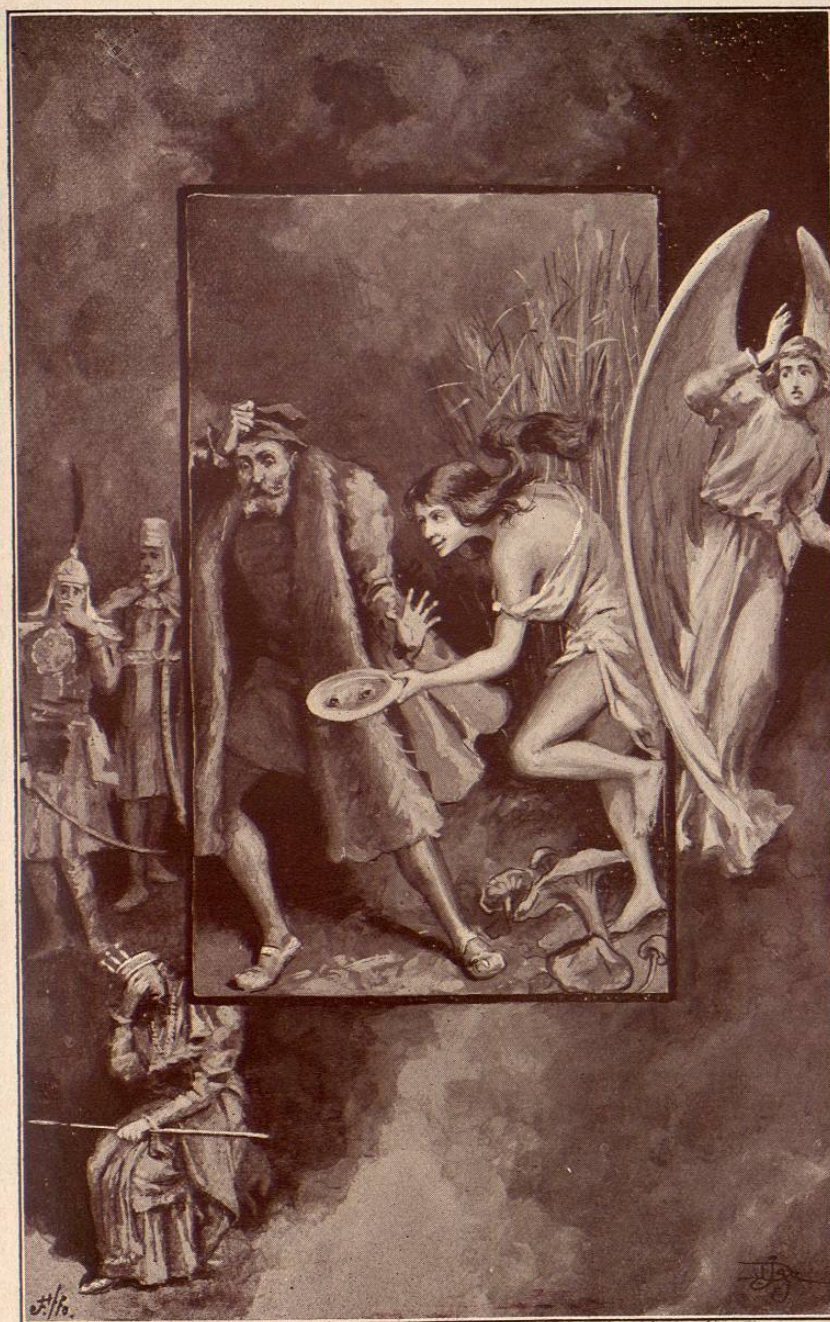
PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—ISABEL DE INGLATERRA

ARGUMENTO.—En el astro donde purgan sus pecados los soberbios, ven que un ángel, al pasar, se cubre el rostro para no ver á Saúl, á Jerjes y al rey Poro. En el fin de un promontorio, que se adelanta hacia el vacío, hallan á una mujer que les cuenta el fin de los soberbios, despreciados por Dios y por los hombres. Pregunta Paz á la mujer su nombre, y le dice que es Isabel de Inglaterra, y les refiere la historia del anillo que, en prueba de amor, dió al conde de Essex, el cual, condenado á muerte, se lo remitió, en prueba de sumisión, por su enemiga la condesa de Nottingham, quien lo guardó, en vez de entregarlo; y concluye diciendo que, creyéndose despreciada, le dejó morir en un cadalso.

Los astros y los astros explorando,  
que pueblan á millones el vacío,  
desde el sol hasta Urano, van pasando  
de un tórrido calor á un grande frío.

Y hasta ver si por último consiguen  
el fin hallar de los humanos duelos,  
por el camino de las almas siguen  
en busca de otros astros, á otros cielos.

Y ven que Dios, con paternal constancia,  
fecundados por rayos estelares,  
esparce en el espacio, en abundancia,  
los mundos habitados á millares.



Con tal desdén el cielo los miraba,  
que ante Saúl y Jerjes y el rey Poro,  
por no verlos, un ángel que pasaba  
cubrió su rostro con sus alas de oro.

(Escena XL.)

Y al joven que implacable perseguía,  
con brazos por la fiebre descarnados,  
en un plato de barro le ofrecía  
unos ojos vidriosos y apagados.

(Escena XXXI.)

En un día de luto, al fin hallando  
una oscura región, que el sol olvida,  
cuando ya casi casi iban llegando  
al confín del imperio de la vida,

allí donde, si un astro adorna el cielo,  
cercándolo el vapor, se espesa y llueve,  
y luego que á la tierra enfría el hielo,  
sobre el hielo después cae la nieve,

la estrella vieron, nebulosa y fría,  
en donde Dios á la ambición destierra,  
rodeada de esa atmósfera sombría  
de los meses más tristes de la tierra.

Y miran con horror que, sepultados  
de aquel planeta entre el brumoso velo,  
sufriendo los soberbios, olvidados,  
el desdén y la cólera del cielo,

se mueven con afán, y sus figuras  
apenas en la sombra se bosquejan,  
entre el claro vapor de las oscuras  
tinieblas, que se ven, y ver no dejan.

Por más que los soberbios se movían,  
á una angustia febril abandonados,  
sus siluetas, vagando, parecían  
contornos de fantasmas anublados.

Solos allí, sin público y sin gloria,  
se olvidan ellos mismos de sus nombres,  
entregadas su fama y su memoria  
al desprecio de Dios y de los hombres.

Con tal desdén el cielo los miraba,  
que ante Saúl y Jerjes y el rey Poro,  
por no verlos, un ángel que pasaba,  
cubrió su rostro con sus alas de oro.

Y Honorio, contemplando la tortura  
que sufren estas almas orgullosas,  
—¿Qué son—se preguntaba—á tanta altura,  
los grandes hombres y las grandes cosas?—

Vieron después que una mujer se hallaba  
sentada en lo más alto y lo más frío  
del pico de una roca, que formaba  
el fin de un promontorio en el vacío.

Y audaz, una respuesta previniendo  
al ver llegar á entrambos, altanera,  
sin ponerse de pie, y el rostro irguiendo,  
les dijo á Honorio y Paz de esta manera:

—Rodeados siempre de perpetuo olvido,  
traer á este lugar, al cielo plugo,  
á cuantos reyes fueron y han vivido  
sentados en el trono del verdugo.

»En su fiebre de ruidos y de honores,  
nadie los oye aquí, nadie los nombra,  
no siendo en este limbo de vapores,  
ni siquiera seguidos de su sombra.

»Como hijos del favor, á alzarse prueban,  
cual don Rodrigo Calderón, del suelo,  
muchas vanas cabezas, que se elevan,  
como la espiga sin granar, al cielo.

»Vanos como él, y de la propia suerte,  
alzan otros su frente coronada,  
ministros implacables de la muerte,  
asquerosos andamios de la nada.

»Quien no tuvo jamás, ni dió reposo,  
sí grande algunas veces, siempre fiero,  
aquí marcha, Alejandro el poderoso,  
de reyes y de pueblos carcelero:

»venciendo el infeliz, tomó por gloria,  
de la tierra las glorias movedizas,  
y el mundo fué llenando con su historia,  
para dejar detrás sangre y cenizas.

»No hallan aquí, cual fúnebres estelas,  
los que el mundo pasaron á degüello,  
los mármoles, los templos y las telas,  
despreciables espectros de lo bello.

»En vano en sus inútiles afanes,  
fueron, haciendo ó deshaciendo leyes,  
los pueblos erupciones de volcanes,  
y los palacios cárceles de reyes;

»que esta es la gloria y el honor que espera  
á esos pobres verdugos coronados,  
que han podido pasar la vida entera  
delante de sí mismos prosternados.

»¡Soberbia inútil! Cuando Dios se enoja,  
pone en el fiel, con lúgubre misterio,  
un gran imperio, á veces, y una hoja,  
y pesa más la hoja que el imperio.

»Haciendo al cielo y á la tierra injurias,  
no han llegado á saber los miserables  
que son tan sólo del amor las furias  
las únicas soberbias perdonables.»—

Y Paz notó que, al recordar, celosa,  
las furias del amor abandonado,  
mucho más humillada que furiosa,  
pasó su faz del rojo hasta el morado.

## ISABEL DE INGLATERRA

—Pues ¿quién eres?— la dice; y responde ella,  
clavando las palabras en su frente:  
—Soy la vestal que apellidaron bella  
sentada sobre el trono de Occidente.

» Yo dí un anillo á un hombre; el alma mía  
ignora si, tal vez enamorada,  
á aquel hombre adoró más que debía  
en mi rango de virgen coronada.

»—Toma—le dije;—aunque tu amor me ofenda,  
y te acose la envidia, vive cierto  
que siempre has de encontrar, con esta prenda,  
mi corazón á la piedad abierto.—

»Como á veces infiel se rebelaba,  
fué á muerte el hombre condenado un día,  
y por más que yo amante lo aguardaba,  
el anillo fatal no aparecía.

»Dudé una vez y dos; por vez tercera  
el fallo irreparable fué firmado,  
y á su altivez correspondí tan fiera,  
que el fallo, por mi mal, fué ejecutado.

Para mí, en su prisión, la prenda amada  
dió á una mujer que se fingió su amiga;  
mas se guardó él anillo la malvada.  
¡Que Dios, cual la maldigo, la maldiga!

»Yo, que esperaba con tan mala suerte  
su entera sumisión y su ternura,  
me creí despreciada y le dí muerte;  
mas él murió creyéndome perjura.

»De dolor expiré como una loca,  
con la memoria en él, la fe en el cielo,  
puesto inmóvil el índice en la boca  
y clavados los ojos en el suelo.

»Como sueño aquí tanto, y no acostumbro  
á levantar del suelo la cabeza,  
siempre el anillo ante mis pies columbro,  
maniática de amor y de tristeza.

»Echo á veces á andar, y me estremece  
el ruido que al pisar hace mi planta,  
pues rechina una cosa que parece  
la prenda de mi amor que se quebranta.

»Más veces triturar, se me figura,  
que rayos tiene el sol, y el mar arenas,  
este anillo ideal, la flor más pura  
que engalana la tumba de mis penas.

»Por eso, aquí sentada, y evitando  
de anillos que se quiebran los chasquidos,  
vivo, inmóvil y noble, profesando  
la fe de mis amores extinguidos.»—

Calló Isabel, y pensativa y tierna,  
volvió á abismarse en su mortal reposo,  
pensando así labrar su vida eterna  
con ruinas de un pasado doloroso;

y presa de un inmenso desvarío,  
sentada se quedó sobre la roca,  
con la vista clavada en el vacío,  
y lívida la faz como una loca.

#### ESCENA XLI

#### LA CREACIÓN DE UN MUNDO

LUGAR DE LA ESCENA: *En un vacío del cielo*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—ADÁN Y EVA EN EL PARAÍSO

ARGUMENTO.—Los cuatro suspiros que exhalaban al despedirse, Paz, Honorio, Soledad y Palaciano, cuando este último iba guiando las almas en pena hacia el globo terráqueo, cayeron en un vacío que dejó el planeta que se extinguió, y de ellos vieron Paz y Honorio que se empezó á formar un nuevo mundo. Ven al primer hombre y á la primera mujer, cuyo beso oculta aquel mundo girando sobre sí por la primera vez.

Es, de la vida en el revuelto giro,  
toda cosa que muere transformada;  
no se pierde en los aires ni un suspiro,  
ni el átomo más vil se hunde en la nada.

Desde el suspiro aquel que, en cierto instante,  
exhalaban con alma congojosa,  
humilde Palaciano, Honorio amante,  
sublime Soledad, Paz cariñosa,

derramando, al pasar, estos gemidos  
la fe, la duda, la bondad, los celos,  
cruzaron, desde entonces confundidos,  
como una tromba de pasión, los cielos.

Voló un día esta tromba desalada  
hacia un rincón de un cielo devastado,  
y cayó en la región mal ocupada  
por restos de un planeta destrozado.

De aquellos ayes la revuelta suma,  
que un mundo entero de pasión encierra,  
condensándose está, como una bruma  
que va formando una ilusión de tierra.

En torno de la vaga nebulosa  
ven, del cielo en la parte devastada,  
que nace, germinando, alguna cosa,  
cual si brotase un algo de la nada.

De estos cuatro suspiros condensados,  
de amor y de dolor germen fecundo,  
Honorio y Paz, contritos y admirados,  
ven el alma brotar de un nuevo mundo.

Girando en confusión vertiginosa  
del éter las corrientes verdaderas,  
ya anuncia la mezquina nebulosa  
un mundo en formación en las esferas.

La etérea masa, por el mundo entero,  
como sangre impalpable, difundida,  
vaga, sin forma y sin color, primero,  
vibra después, radiante y con medida.

El átomo del globo no formado,  
que vaga misterioso entre vapores,  
poco después, en gota condensado,  
descompondrá la luz y los colores;

y círculos inmensos describiendo,  
de ser en ser caminará escondido,  
de un volcán en la cúspide luciendo,  
ya de un mar en el seno sumergido;

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO